

“discurso” y “la política de identidad” a expensas de la economía política, ignorando, de esta forma, los factores históricos concretos y los poderosos símbolos culturales que inspiran y dan forma a muchos de los (no tan recientes) movimientos sociales contemporáneos. Según Edelman, conceptos como “desarrollo” y “subdesarrollo” no deben ser descartados como ficción o “discursos” cargados de ideología, sino que “merecen ser examinados en su desorden concreto” (pág. 6). Confiesa que, al igual que muchos comentaristas, se siente a la vez intrigado y horrorizado por buena parte de los textos posmodernistas, en virtud de su prosa (¿deliberadamente?) densa y su tendencia a la “teorrea”, lo que más bien parece una retórica de poder destinada a permitir la comunicación sólo entre el grupo selecto de los iniciados.

En suma, el libro de Edelman constituye una etnografía políticamente comprometida así como un análisis crítico sumamente interesante de la teoría actual sobre el desarrollo. Resultará útil a los investigadores científicos sociales que estudian el proceso de globalización y su impacto en el sector rural; a los expertos sobre Centroamérica; y a los antropólogos abiertos a críticas irreverentes de las deconstrucciones recientes del desarrollo. En términos más amplios, este trabajo debe interesar a todos los estudiosos de Latinoamérica, desde profesionales hasta estudiantes universitarios, que saben apreciar una síntesis honesta y sin pretensiones de teoría y práctica basada en las palabras y hechos de gente real, con nombres reales y en lugares reales. En esta coyuntura, una dosis saludable de realidad empírica, tal como la que ofrece Edelman en este libro, parece ser un remedio necesario para los textos de los deconstruccionistas, en los que, pese a la retórica sobre dejar a los subalternos hablar, sus diversas caras y voces permanecen extrañamente esquivas.

MARILYN GATES  
Simon Fraser University, Canadá  
(Traducción de Jorge González)

Aviva Chomsky y Aldo Lauria-Santiago, editores, *Identity and Struggle at the Margins of the Nation-State: The Laboring Peoples of Central America and the Hispanic Caribbean*. Durham y London: Duke University Press, 1998. Series in Comparative and International Working-Class History. vii + 405 páginas. Cuadros, notas, bibliografía e índice. US\$ 64.95 (en tela), ISBN 0-8223-2202-1 y US\$ 21.95 (en rústica), ISBN 0-8223-2218-8.

De vez en cuando aparece un libro que altera profundamente la manera en que los historiadores y científicos sociales entienden, investigan y debaten todo un campo de investigación. Esta importante antología tiene el potencial de lo-

grar justamente eso para la historia social y política de Centroamérica y el Caribe hispano de finales del siglo XIX y principios del XX. La mayoría de los autores representados en la colección son historiadores jóvenes que empezaron a florecer profesionalmente a finales de la década de 1980 y a principios de la de 1990. Ofrecen numerosas perspectivas nuevas y logran en buena medida rebatir marcos analíticos tradicionales legados por la generación anterior, la cual, especialmente en Centroamérica, se hallaba inmersa en las políticas polarizadas y en la labor académica partidista de los años de guerra. No obstante, el empeño de los autores por desenmascarar ilusiones es raras veces polémico y más bien intensamente empírico, llevado a cabo haciendo uso imaginativo de nuevas fuentes, tales como archivos municipales, periódicos y entrevistas de historia oral.

En la introducción, Chomsky y Lauria-Santiago critican las historias elitistas que han llegado a formar parte del folklor nacional en los distintos países de la región. Su crítica golpea duro no sólo las desgastadas mitologías nacionalistas que datan desde la época liberal, sino también los trillados y predecibles supuestos de la más reciente historiografía marxista. Para Chomsky, Lauria-Santiago y sus colaboradores, escribir desde la perspectiva del pueblo supone un desmantelamiento cuidadoso de fábulas laboriosamente tejidas respecto a la construcción de la nación y especialmente respecto al papel de las categorías de raza, clase y género en las historias nacionales y regionales. En un breve comentario sobre una extensa antología es apenas posible tratar todas las contribuciones con el detalle y cuidado que merecen. Es posible afirmar, sin embargo, que sin excepción todos son ensayos de destacada originalidad y excelencia.

¿Cuáles son, entonces, los argumentos que los participantes en este libro logran rebatir? El capítulo de Lauria-Santiago sobre Chalchuapa, una comunidad situada en el noroeste salvadoreño, da al traste con varios supuestos centrales de la historiografía de corte marxista de las décadas de 1970 y 1980: que el cultivo del café en El Salvador se hacía enteramente en los grandes latifundios de unas cuantas familias oligárquicas; que dichos latifundios fueron el resultado de la casi total privatización de la tierra llevada a cabo por los liberales y que las tierras comunales eran en su mayoría, o exclusivamente, una forma de propiedad indígena y no ladina. Lauria-Santiago demuestra que las reformas liberales fomentaron el surgimiento no sólo de latifundios, sino también de pequeños propietarios. Aunque advierte que el afianzamiento del régimen de propiedad privada sí promovió un tipo de identidad, ya sea indígena o ladina, cada vez más enfocada en intereses individuales en vez de intereses de grupo, un resultado en conformidad con la ideología republicana liberal del ciudadano. Fue así como el liberalismo —acelerando el debilitamiento de los lazos intra-comunales en lugar de destruir las tierras comunales— produjo la virtual desaparición de la identidad indígena.

Al igual que el estudio de Lauria-Santiago sobre El Salvador, el ensayo de Jeffrey Gould demuestra que en Nicaragua el café y el liberalismo no lograron destruir completamente las instituciones indígenas o las tierras ejidales, aunque

sí dieron cabida a nuevas divisiones políticas y sociales dentro de las comunidades. “El mito de la Nicaragua mestiza” —que, según Gould, data desde la supresión de la rebelión indígena de Matagalpa en 1881— evolucionó a través de la manipulación de categorías de censo, discursos de las élites y una historiografía marxista que prefería ver a los indígenas como proletarios rurales. Quizás el aspecto más interesante del capítulo de Gould es su detallada discusión de cómo algunos grupos de indígenas del altiplano perdieron su identidad en el lapso de una generación. Gould señala que el liberalismo en Nicaragua de hecho restó fuerza a las autoridades indígenas tradicionales y a instituciones tales como las parcialidades o barrios, basadas en relaciones de sangre, lo cual resultó en una erosión gradual de la identidad indígena y en desplazamientos hacia montañas y cañadas cada vez más remotas. En 1942 la Guardia Nacional acabó con el algodón silvestre con el cual los indígenas elaboraban las telas para sus trajes típicos. Los indígenas interpretaron esto como una prohibición en contra del uso de dichos trajes y dejaron de usarlos, un paso más en el intenso proceso de relegarlos al silencio y al olvido.

La contribución de Darío Euraque también se enfoca en el mito del mestizaje, pero en la Honduras del período que va de la década de 1910 hasta la de 1930. El declarar a Honduras como “mestiza” formó parte, argumenta Euraque, de un esfuerzo de la élite por afianzar su dominio, al menos en la esfera ideológica, con respecto a las compañías bananeras estadounidenses y con el fin de excluir a los negros garífunas y caribeños de la incipiente nación. Los cambios en las categorías de censo constituyeron un mecanismo clave en el empeño por hacer invisibles a ciertos grupos y de forjar “una identidad étnica hondureña ‘oficial’”. Las leyes de inmigración restrictivas en las décadas de 1920 y 1930 y la legislación laboral antinegro en la década de 1920 reflejaron e institucionalizaron temores de las élites de que la costa norte estaba no sólo bajo el control económico de extranjeros sino también habitada por “tipos” peligrosos cuya existencia ponía en tela de juicio la coherencia de la nación.

El capítulo de Aviva Chomsky ofrece una excelente discusión de un motín de obreros en 1911 y una larga rebelión de campesinos precaristas en la zona minera de propiedad extranjera de Costa Rica. Guardias jamaíquinos, traídos para detectar ladrones de oro, administraban humillantes exámenes del recto a los trabajadores que salían de las minas, por lo que se convirtieron en víctimas de la ira de los mineros en el motín. Pero los mineros también atacaron las instalaciones de la compañía minera, un aspecto que tendió a ser soslayado por relatos posteriores de los hechos, los cuales fueron recordados más tarde exclusivamente como un “motín racial”. En la zona rural aledaña, un numeroso grupo de familias se armó y defendió sus tierras a lo largo de dos décadas contra las compañías mineras y funcionarios del Estado. Uno de los elementos más sugerentes del análisis de Chomsky es su análisis sobre cómo estos campesinos y sus aliados políticos suprimieron de la memoria y del discurso político la violencia

de sus luchas y, al igual que los mineros, fueron absorbidos en el mito de la Costa Rica democrática y pacífica.

La utilización de los subalternos en el engranaje de la represión es asimismo un tema del estudio de Patricia Alvarenga que trata sobre las fuerzas auxiliares y el sistema de represión en El Salvador. La autora documenta cómo, a principios de la década de 1880, el Estado reclutaba a ciertos vecinos de comunidades campesinas para servir como ojos, oídos y colaboradores sin sueldo de las fuerzas militares y de la policía. Llamados en un principio “asistentes de policía”, luego “asistentes militares”, “alguaciles” y “reservas militares”, estos desafortunados eran usados para vigilar el uso de fuego, reunir datos económicos, vacunar cerdos, supervisar la construcción de caminos y recoger datos de población, así como detener a trabajadores fugitivos y campesinos que ocupaban tierras ajenas adjudicadas bajo las políticas de las reformas liberales. Como era de esperarse, la institucionalización de fuerzas auxiliares opuso a vecino contra vecino y generó polarización en las aldeas campesinas. Alvarenga escasamente alude a los ecos posteriores del sistema, pero resulta claro que el fenómeno que ella describe constituyó un antecedente directo a los brutales escuadrones de la muerte de la década de 1970, así como un caso temprano de un modelo de control social que también tuvo su expresión en los jueces de mesta en Nicaragua y, posteriormente, en las patrullas civiles de las décadas de 1980 y 1990 en Guatemala y las rondas campesinas en el Perú contemporáneo.

Cindy Forster examina dos importantes luchas que se desarrollaron en Guatemala durante el período de democracia de 1944 a 1954. En 1945, trabajadores rurales mayas de San Marcos se rehusaron en masa a cumplir el acuerdo que los obligaba a cosechar café bajo la ley de vagos, un movimiento que Forster logra reconstruir en buena parte a través de testimonios orales y que antes había sido totalmente ignorado por la historiografía guatemalteca. Dicho movimiento, junto con el levantamiento de los trabajadores de las bananeras de Tiquisate y una efervescencia generalizada en el campo, contribuyó mucho más de lo que observadores anteriores habían reconocido a forzar al Estado a ampliar y cumplir sus promesas radicales, especialmente en las áreas de legislación salarial y reforma agraria. Forster modifica ampliamente interpretaciones previas de la revolución de Arévalo y Arbenz como un movimiento mayormente de clase media o pequeño burguesa y de los trabajadores cafetaleros como exclusivamente ladinos (la autora detalla la geografía étnica de las migraciones de trabajadores a la boca costa y sugiere que los trabajadores mantuvieron su filiación cultural indígena particular y a la vez desarrollaron una incipiente conciencia panmayanista). Forster también describe, en base a trabajo de historia oral en el lugar de los hechos, cómo docenas de trabajadores bananeros fueron ametrallados y arrojados en zanjas abiertas en una de las fincas de la United Fruit Company tras la invasión orquestada por la CIA.

Pese a que el subtítulo del ensayo de Eileen Findlay es “Sexualidad y la formación del feminismo en la clase trabajadora en Puerto Rico”, el ensayo contiene muy poco material sobre la sexualidad aparte de señalar que en sus inicios las feministas insistían que las mujeres “tienen apetitos sexuales muy fuertes que, como en los hombres, son una gran virtud”. La autora, de todos modos, documenta en sorprendente detalle un momento casi olvidado en la ola inicial del feminismo latinoamericano: la influencia del anarquismo (primordialmente de España, Argentina y Brasil) y la defensa del “amor libre”, definido en la práctica como el derecho a dejar relaciones que no funcionaban. En sus inicios, la izquierda puertorriqueña masculina no se mostró decididamente feminista, a diferencia de lo que la mayoría de los historiadores han señalado, ni tampoco fue esta primera ola feminista la creación de individuos radicales. Findlay demuestra cómo las mujeres de las clases obreras rechazaron la formalización de las relaciones matrimoniales e intentaron redefinir nociones elitistas de “promiscuidad”. Las voces femeninas no están bien representadas en la historiografía laboral de Puerto Rico, pero la autora logra dedicar una sección fascinante de su capítulo a la anarquista Luisa Capetillo, quien argumentaba que la opresión de las mujeres no era simplemente el resultado de las relaciones capitalistas salariales, sino más bien de la infidelidad, abandono económico y abuso físico de los hombres de las clases obreras.

Los ensayos de Barry Carr y Richard Turits tratan problemas agrarios claves y su relación con la política nacional de Cuba y la República Dominicana respectivamente. Carr cuestiona el uso de metáforas del feudalismo europeo que son frecuentemente empleadas para describir las grandes haciendas azucareras del oriente cubano y muestra cómo, pese a la importación de mano de obra española, china, haitiana, caribeña e hindú, las centrales nunca lograron dominar totalmente sus fuerzas laborales, las cuales mantuvieron una movilidad física mucho más amplia y más acceso a formas de subsistencia no asalariadas de lo que se ha reconocido anteriormente. El ensayo de Turits sobre la reforma agraria refuta la noción popular de que el Trujillato en la República Dominicana debió su longevidad solamente a la opresión y al terror. El autor demuestra cómo el dictador implementó programas rurales de corte paternalista y populista bajo los que se adjudicaron —aparentemente como regalos personales— grandes extensiones de tierra a los campesinos, supliéndolos con insumos, herramientas, irrigación, crédito, asistencia técnica y mejor acceso a mercados. Una retórica que favorecía a los “hombres de trabajo” y a los “amigos campesinos” acompañó medidas que permitieron que los agricultores con menos de diez tareas (0.63 hectáreas) bajo cultivo fueran expropiados y detenidos por vagancia.

Las conclusiones de Lowell Gudmundson y Francisco Scarano subrayan un buen número de puntos claves planteados en los estudios de caso, en especial “el inevitable carácter racista de los proyectos encaminados a construir la nación”, la amplia participación campesina en los sistemas clientelistas y de tenen-

cia de la tierra de los regímenes dictatoriales y la nueva luz que se puede arrojar sobre procesos históricos a través de la consideración de nuevos objetos de estudio (líderes laborales centroamericanos tales como Vicente Sáenz o Luisa Moreno, por ejemplo) y el empleo de nuevos tipos de fuentes. Su recomendación de que los historiadores se interesen más por las ideas de las fuentes que representan una hibridización de géneros literarios e históricos, como por ejemplo los trabajos de Manlio Argueta o Roque Dalton sobre El Salvador, resulta particularmente sugestiva y resuena con buena parte del material cuasi-novelesco en los capítulos de los estudios de caso. Nos enteramos a través de las entrevistas de Forster, por ejemplo, que el dictador guatemalteco Ubico consultaba una tabla de escritura espiritista antes de tomar cualquier decisión de importancia y que creía que los gatos tenían poderes síquicos por lo que mandó que a todos los que estaban en su presencia se les cortaran las orejas. Euraque señala que en San Pedro Sula se estableció una subdivisión del Ku Klux Klan y Julie Charlip incluye el alarmante detalle de que el Banco Nacional de Nicaragua tuvo su centro de operaciones en Connecticut hasta 1940. Aunque esto pueda parecer simplemente como material para una nueva versión del *Otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez, cabe señalar que una impresión general que deja este libro es que las diferentes sociedades nacionales de Centroamérica y el Caribe hispano tienen más elementos en común que diferencias, al menos en lo que se refiere a la complejidad de sus conflictos raciales y de clase, sistemas de tenencia de la tierra y estructuras de clases sociales rurales. Ambas regiones, cada una en sí misma un laboratorio natural para la historia comparativa, será, a partir de ahora, mejor comprendida como resultado de los excelentes trabajos publicados en esta importante obra.

MARC EDELMAN  
Hunter College y Graduate Center,  
City University of New York  
(Traducción de Jorge González)